

F. Scott Fitzgerald

A este lado del paraíso

Traducción de Juan Benet Goitia



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *This Side of Paradise*

Primera edición: 1968

Tercera edición: 2014

Segunda reimpresión: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Modelo con vestido de tafetán y hombre con smoking

© Condé Nast Archive/Corbis

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1968, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8361-4

Depósito legal: M. 33.971-2013

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Libro primero: El ególatra romántico
- 13 1. Amory, hijo de Beatrice
- 57 2. Agujas y gárgolas
- 125 3. El ególatra medita
- 162 4. Narciso en vacaciones

- 207 Intermedio: Mayo 1917 - Febrero 1919

- 219 Libro segundo: La educación de un personaje
- 221 1. La debutante
- 257 2. Experimentos en la convalecencia
- 286 3. Joven ironía
- 312 4. El sacrificio arrogante
- 325 5. El ególatra se convierte en un personaje

«¡A este lado del paraíso...! Poco
consuelo da el saber.»

Rupert Brooke

«Experiencia es el nombre con
que la gente designa sus errores.»

Oscar Wilde

A Sigourney Fay

Libro primero

El ególatra romántico

1. Amory, hijo de Beatrice

Amory Blaine había heredado de su madre todos los rasgos que, con excepción de unos pocos inoperantes y pasajeros, hicieron de él una persona de valía. Su padre, un caballero inútil y desgarbado que unía la afición a Byron a la costumbre de dormirar sobre la Enciclopedia Británica, se hizo rico a los treinta años gracias a la muerte de sus dos hermanos mayores, afortunados agentes de Bolsa de Chicago; en su primera explosión de vanidad, creyéndose el dueño del mundo, se fue a Bar Harbor, donde conoció a Beatrice O'Hara. Fruto de tal encuentro, Stephen Blaine legó a la posteridad toda su altura –un poco menos de un metro ochenta– y su tendencia a vacilar en los momentos cruciales, dos abstracciones que se hicieron carne en su hijo Amory. Durante años revoloteó alrededor de la familia: un personaje dubitativo, una cara difuminada bajo un pelo gris mortecino, siempre pendiente de su mujer y atormentado por la idea de que no sabía ni podía comprenderla...

En cuanto a Beatrice Blaine..., ¡vaya mujer! Unas viejas fotografías tomadas en la finca de sus padres en Lake Geneva, Wisconsin, o en el Colegio del Sagrado Corazón de Roma –llevada allí por esa extravagancia pedagógica reservada, en su juventud, a las hijas de la gente muy adinerada– ponían de manifiesto la exquisita delicadeza de sus rasgos, el arte sencillo y consumado de su atuendo. Tuvo una educación esmerada; su juventud transcurrió entre las glorias del Renacimiento; estaba versada en todas las comidillas de las familias romanas de alcurnia y era conocida, como una joven americana fabulosamente rica, del cardenal Vitori, de la reina Margherita y de otras personalidades más sutiles de las que uno habría oído hablar de haber tenido más mundo.

En Inglaterra la apartaron del vino y le enseñaron a beber whisky con soda; y su escasa conversación se amplió –en más de un sentido– durante un invierno en Viena. En suma, Beatrice O'Hara asimiló esa clase de educación que ya no se da; una tutela observada por un buen número de personas y sobre cosas que, aun siendo menospreciables, resultan encantadoras; una cultura muy variada en toda clase de artes y tradiciones, ajena por completo a las ideas, que florece en el último día, cuando el jardinero mayor corta las rosas superfluas para obtener un capullo perfecto.

En uno de sus malos momentos volvió a América, conoció a Stephen Blaine y se casó con él; y todo porque se encontraba un poco cansada, un tanto triste. Durante toda una fatigante temporada llevó en su seno a su único hijo, que echó al mundo un día de primavera del 96.

Cuando Amory tenía cinco años, era para ella un compañero inapreciable. Un chico de pelo castaño, de ojos muy bonitos –que aún habían de agrandarse–, una imaginación muy fértil y un cierto gusto por los trajes de fantasía. Entre sus cuatro y diez años recorrió el país con su madre, en el vagón particular de su abuelo, desde Coronado, donde su madre se aburrió tanto que tuvo que recurrir a una depresión nerviosa en un hotel de moda, hasta México, donde su agotamiento llegó a ser casi epidémico. Estas dolencias la divertían y más tarde formaron una parte inseparable de su ambiente, y en especial después de ingerir unos cuantos y sorprendentes estimulantes.

Así, mientras otros chicos más o menos afortunados tenían que desafiar la tutela de sus niñeras en la playa de Newport y eran zurrados o castigados por leer cosas como *Atrévete y hazlo* o *Frank en el Misisipi*, Amory se dedicaba a morder los complacientes botones del Waldorf mientras recibía de su madre –al tiempo que en él se desarrollaba un natural horror a la música sinfónica y a la de cámara– una educación selecta y esmerada.

–Amory.

–Sí, Beatrice. (Un nombre tan chusco para llamar a una madre; pero ella se lo exigía.)

–Querido, no creas que te vas a levantar de la cama todavía. Siempre he sospechado que levantarse temprano de joven deshace los nervios. Clothilde te está preparando el desayuno.

–Bueno.

–Hoy me siento muy vieja, Amory –y al suspirar su cara se convertía en un camafeo de sentimientos, su voz

se hacía delicadamente modulada y sus manos, tan gráciles como las de la Bernhardt—. Tengo los nervios de punta, de punta. Nos tenemos que ir mañana de este lugar horrible en busca de un poco de sol.

Los ojos verdes y penetrantes de Amory, a través de su pelo enmarañado, observaban a su madre. A tan temprana edad ya no se hacía ilusiones respecto a ella.

—Amory.

—Sí, sí.

—Me gustaría que tomaras un baño hirviendo; lo más caliente que puedas aguantar, para calmar tus nervios. Puedes leer en la bañera, si quieres.

Antes de cumplir los diez años su madre le había proporcionado unos fragmentos de las *Fêtes galantes*, y a los once ya era capaz de hablar con soltura, incluso con acentos evocadores, de Brahms, Mozart y Beethoven. Una tarde, estando solo en un hotel de Hot Springs, se le ocurrió probar el cordial de albaricoques de su madre y, habiéndole encontrado el gusto, se emborrachó. Le divirtió al principio, hasta que, llevado de su exaltación, probó un cigarrillo y sucumbió a una reacción vulgar, propia de gente ordinaria. Y aunque el incidente horrorizó a Beatrice, en secreto le divertía y llegó a ser, como diría una generación posterior, una más de «sus cosas».

—Este hijo mío —le oyó decir un día, en una habitación repleta de atónitas y admiradas damas— está amanerado, pero es encantador. Muy delicado; en casa somos todos muy delicados de «aquí» —y su mano indicaba su bonito pecho; bajando el tono hasta el susurro les contó el incidente del cordial con el que se regocijaron mucho, por-

que era muy buena *raconteuse*—, si bien esa misma noche muchas cerraduras se echaron para evitar las posibles incursiones de Bobby o de Bárbara...

Las peregrinaciones familiares se hacían en toda regla: dos sirvientes, el vagón particular, el propio Mr. Blaine cuando estaba en familia, e incluso un médico. Cuando Amory tuvo la tos ferina, cuatro especialistas se observaban con recíproco fastidio, reclinados sobre su lecho. Y cuando sufrió la escarlatina, el número de asistentes, incluyendo médicos y enfermeras, subió a catorce. Pero como la hierba mala nunca muere, salió adelante.

Los Blaine no se arraigaban en ciudad alguna. Eran sencillamente los Blaine de Lake Geneva; tenían bastantes parientes que podían pasar por amigos y un buen número de acomodos entre Pasadena y Cape Cod. Pero Beatrice cada día se inclinaba más por las nuevas amistades porque necesitaba repetir sus relatos —la historia de su juventud, de sus achaques, de sus años en el extranjero— a intervalos regulares de tiempo. Como los sueños freudianos, había que echarlos fuera para dar paz a sus nervios. Sin embargo, Beatrice era mordaz para con las mujeres americanas, y en especial con respecto a las gentes de paso que venían del Oeste.

—Tienen acento, querido, tienen acento —decía a Amory—; ni siquiera es acento del Sur o de Boston, o de una ciudad cualquiera sino, simplemente, acento —y se ponía soñadora—. Se agarran a ese acento masticado de Londres, que no les va y que sólo puede ser usado por quien sabe hacerlo. Hablan como lo haría un mayordomo inglés que se ha pasado muchos años en la compa-

ñaía de ópera de Chicago –así llegaba hasta la incoherencia– y en cuanto suponen –siempre llega ese momento en la vida de una mujer del Oeste– que su marido ha alcanzado cierta prosperidad, se creen en la obligación de tener acento, querido, para impresionarme con él...

Convencida de que su cuerpo era un manojo de achasques –eso era muy importante en su vida–, consideraba a su alma tan enferma como él. Había sido católica; pero tras descubrir que los sacerdotes eran más solícitos con ella cuando se hallaba en trance de perder o recuperar la fe en la Santa Madre Iglesia, sabía mantener una atractiva ambigüedad. A menudo deploraba la mentalidad burguesa del clero americano y estaba segura de que, de haber seguido viviendo a la sombra de las grandes catedrales europeas, su espíritu seguiría luciendo en el poderoso altar de Roma. Pero con todo los sacerdotes constituían, después de los médicos, su deporte favorito.

–Ay, eminencia –le decía al obispo Winston–, no quiero hablar de mí. Me imagino perfectamente el tropel de mujeres histéricas que llaman a su puerta para pedirle que sea «simpático» con ellas... –y tras una interrupción por parte del obispo–, pero mi estado de ánimo no es muy distinto.

Solamente a obispos y altas jerarquías de la Iglesia había confesado su romance clerical. Cuando volvió a su país, vivía en Ashville un joven pagano, a lo Swinburne, por cuyos apasionados besos y amena conversación había demostrado una decidida inclinación; y sin ambages discutieron los pros y los contras del asunto. Entretanto ella había decidido casarse por razones de prestigio; y el

joven pagano de Ashville, tras una crisis espiritual, tomó estado religioso para convertirse en monseñor Darcy.

—Por cierto que sí, señora Blaine, un compañero encantador; el brazo derecho del cardenal.

—Amory debería visitarle —suspiró la bella dama—; monseñor Darcy le comprenderá como me comprendió a mí.

Al cumplir los trece años, Amory, alto y esbelto, era la reproducción exacta de los rasgos celtas de su madre. En varias ocasiones disfrutó de un profesor particular, en la idea de que su educación progresara y en cada lugar «reemprender la tarea donde había sido dejada»; pero como ningún profesor logró nunca averiguar dónde había sido dejada, su cabeza se conservaba en perfectas condiciones. Qué habría sido de él, de haber llevado esa vida unos años más, es difícil decirlo. Embarcado una vez con rumbo a Italia, a las cuatro horas de estar en alta mar reventó su apéndice, probablemente por culpa de tantas comidas en la cama; tras una serie de delirantes telegramas entre Europa y América, y para asombro de los pasajeros, el transatlántico viró lentamente su rumbo hacia Nueva York, para depositar a Amory en el muelle. Se dirá con razón que eso no era vida, pero era magnífico.

Tras la operación Beatrice sufrió una depresión nerviosa, con un sospechoso tufillo a *delirium tremens*, y Amory se quedó a vivir los dos años siguientes en Minneápolis, en casa de sus tíos. Allí es donde le sorprenden por primera vez los aires crudos y vulgares de la civilización occidental —que le cogen en camiseta, por así decirlo.

Un beso para Amory

Torció la boca al leerlo:

Vamos a celebrar una fiesta de trineos el próximo jueves 17 de diciembre y mucho me agradecería contar con su asistencia.

Siempre suya,

Myra St. Claire

Se ruega contestación.

Durante sus primeros dos meses en Minneápolis había tratado con todas sus fuerzas de ocultar «a los chicos de la clase» por qué se sentía infinitamente superior a todos ellos, a pesar de que tal convicción era un castillo de arena. Lo había demostrado un día en la clase de francés (asistía al curso superior de francés) para sonrojo de Mr. Reardon, cuyo acento Amory corrigió despectivamente ante la delicia de toda la clase. Mr. Reardon, que diez años antes había estado unas semanas en París, se tomaba la revancha con los verbos, en cuanto abría el libro. En otra ocasión Amory quiso hacer una exhibición de historia pero con resultados desastrosos porque a la semana siguiente los chicos –de su misma edad– se decían unos a otros, con acento petulante:

–Oh, sí, yo creo –sabes– que la revolución americana fue más que nada una cuestión de la clase media.

–Washington era de gente bien, de gente bien, creo yo.

Con gracia, Amory trató de rehabilitarse con nuevas elucubraciones sobre el mismo tema. Dos años antes había comenzado una historia de los Estados Unidos que, aunque no pasó de la guerra de la Independencia, su madre encontraba encantadora.

Estando siempre en desventaja en los ejercicios físicos, tan pronto como descubrió que eran piedra de toque para alcanzar en la escuela poder y popularidad empezó a hacer furiosos y persistentes esfuerzos por descollar en los deportes de invierno; con los tobillos inflamados y doloridos –a pesar de todo– todas las tardes patinaba con denuedo en la pista de Lorelie, pensando en cuándo sería capaz de llevar el palo de hockey sin que se le enredara entre los patines.

La invitación a la fiesta de la señorita Myra St. Claire se pasó la mañana en el bolsillo de su abrigo, en compañía de un cacahuete. Por la tarde la sacó a la luz con un suspiro y, tras algunas consideraciones y una primera redacción sobre la tapa del *Curso preliminar de Latín*, de Collar y Daniel, escribió su contestación:

Mi querida señorita St. Claire:

Su invitación realmente encantadora para la tarde del próximo jueves la recibí esta mañana realmente encantado. Así pues me sentiré entusiasmado de presentarle mis respetos el próximo jueves por la tarde.

Sinceramente,

Amory Blaine

Aquel jueves, por consiguiente, estuvo paseando por las resbaladizas y paleadas aceras hasta que llegó a la casa de Myra a eso de las cinco y media, con un retraso que su madre, sin duda, habría aplaudido. Esperó en la entrada con los ojos indolentemente semicerrados mientras planeaba con detalle su llegada: cruzaría el salón, sin prisa, hacia la señora St. Claire para saludarla con la más correcta entonación:

–Mi *querida* señora St. Claire, lamento *enormemente* llegar tan tarde, pero mi doncella... –aquí se detuvo a recapacitar–, pero mi tío y yo teníamos que visitar a un amigo... Sí, he conocido a su encantadora hija en la academia de baile.

Luego estrecharía las manos (haciendo uso de aquella sutil reverencia semiextranjera) a todas las damiselas almidonadas, mientras lanzaba un saludo al grupo de caballeres, reunidos en un corro para darse mutua protección.

Un mayordomo (uno de los tres de Minneápolis) abrió la puerta. Amory al entrar se quitó el gabán y la gorra. Le sorprendió ligeramente no oír el cuchicheo de la habitación contigua, y pensó que la fiesta debía ser un tanto seria. Le pareció bien, como le había parecido bien el mayordomo.

–La señorita Myra –dijo.

Para su asombro, el mayordomo hizo una horrible mueca.

–Ah, sí –dijo– está aquí. –No se daba cuenta de que su incapacidad para hablar cockney estaba arruinando su futuro. Amory le observó con desdén.

–Pero –continuó el mayordomo, levantando innecesariamente la voz– es la única que queda en casa. Se ha ido toda la gente.

Amory quedó horrorizado y boquiabierto.

–¿Cómo?

–Estuvo esperando a Amory Blaine. Es usted, ¿no? Su madre ha dicho que si usted aparecía a las cinco y media les siguieran en el Packard.

El desconsuelo de Amory quedó cristalizado con la aparición de Myra, envuelta hasta las orejas en un abrigo

de polo, la expresión de mal humor y una voz que a duras penas podía ser complaciente.

–Qué hay, Amory.

–Qué hay, Myra. –Con eso había descrito su estado de ánimo.

–Bueno, al fin has llegado.

–Bueno, ya te contaré. Supongo que no te has enterado del accidente de coche –empezó a fantasear.

Los ojos de Myra se abrieron del todo.

–¿De quién?

–Bueno –continuó desesperadamente–: mi tío, mi tía y yo.

–¿Se ha matado alguien?

Amory se detuvo e hizo un gesto.

–¿Tu tío? –una alarma.

–No, no, solamente un caballo; una especie de caballo gris.

El mayordomo de opereta se rió a hurtadillas.

–Seguro que han destrozado el motor –Amory le habría aplicado tormento, sin el menor escrúpulo.

–Bueno, vamos –dijo Myra con frialdad–. Ya comprendes, Amory, los trineos estaban pedidos para las cinco y todo el mundo estaba aquí, así que no podíamos esperar...

–Bueno, yo no tengo la culpa, ¿verdad?

–Mamá dijo que te esperara hasta las cinco y media. Cogeremos el trineo antes de que llegues al Minnehaha Club, Amory.

El frágil equilibrio de Amory se vino abajo. Se imaginó al alegre grupo repicando por las calles nevadas, la aparición de la *limousine*, la horrible llegada de Myra y él

ante todo el público, ante sesenta ojos cargados de reproches... y sus disculpas, verdaderas esta vez. Suspiró en voz alta.

–¿Qué hay? –preguntó Myra.

–Nada, estaba bostezando. ¿Estás segura de que podremos alcanzarles antes de que lleguen allí? –Secretamente estaba alimentando la débil esperanza de dirigirse directamente al Minnehaha Club para que el grupo les encontrara allí, ante el fuego, en aburrida soledad pero con mejor presencia de ánimo.

–Claro que sí, ¿verdad, Mike? Les alcanzaremos. De prisa.

Empezó a recuperar su sangre fría. En cuanto subieron al coche se dedicó a poner en práctica –dorando la píldora– un plan de combate que le habían colgado en la academia de baile, «un chico terriblemente guapo, con cierto aire inglés».

–Myra –bajando la voz y escogiendo las palabras con tiento–, te pido mil perdones. ¿Serás capaz de perdonarme?

Ella miró con gravedad aquellos profundos ojos verdes, aquella boca que, para sus ilusiones juveniles, suponía la quintaesencia del romance. Por supuesto, Myra podía perdonarle con mucha facilidad.

–Claro que sí.

Él la contempló de nuevo y bajó los ojos, mostrando sus pestañas.

–Soy incorregible –dijo con tristeza–, soy diferente a los demás. No sé por qué tengo que dar estos *faux pas*. Porque no me preocupo por mí, supongo. –Luego, brutalmente–: He estado fumando demasiado. He cogido el vicio del tabaco.

Myra se imaginaba las desenfrenadas noches del tabaco, un pálido Amory que se tambaleaba por culpa de unos pulmones inundados de nicotina. Dio un suspiro.

–Oh, Amory, no fumes. Vas a destrozar tu *crecimiento*.

–Qué importa –insistió dramáticamente–. He cogido el vicio. Estoy haciendo muchas cosas que si mi familia supiera... –se detuvo para dar tiempo a que ella imaginara los más negros horrores–. La semana pasada fui a ver una revista.

Myra estaba rendida, y él volvió hacia ella sus verdes ojos.

–Eres la única chica de la ciudad que me gusta de verdad –dijo en un alarde de sentimientos–. Eres muy «simpática».

Myra no estaba segura de serlo; pero aquella palabra, aunque un poco indecente, le sonaba muy bien.

Había oscurecido, y en una brusca vuelta del coche ella se echó encima de él; sus manos se tocaron.

–Tienes que dejar de fumar, Amory –le dijo–. Ya lo sabes.

Él movió la cabeza.

–Qué importa eso a nadie...

Myra vaciló.

–Me importa a mí.

Algo se agitó en el interior de Amory.

–¡A ti sí que te importa! Lo que a ti te importa es Froggy Parker, todo el mundo lo sabe.

–No es verdad –muy suavemente.

Un silencio mientras Amory se estremecía. Había algo fascinante en Myra, encerrada en la intimidación del coche y al abrigo del aire frío y oscuro. Myra, un pequeño pa-